



Séneca

Medea

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Séneca

Medea

TRADUCCIÓN EN VERSO DE DON ANGEL LASSO DE LA VEGA

PERSONAJES

MEDEA	LA NODRIZA DE MEDEA
JASON	CORO DE CORINTIOS
CREONTE	UN MENSAJERO

ARGUMENTO

Después de la muerte de Pelias, Jason habitaba en Corinto con su esposa y sus hijos. Habiéndole elegido Creonte por yerno, Medea recibió de su marido una declaración de divorcio, y la orden del rey de buscar otra morada. Logró obtener un día de próroga al plazo marcado para su partida, y aprovechó este tiempo para enviar á Glauca ó Creusa, la prometida de Jason, un traje y un collar impregnados en filtros mágicos. No bien Creusa se colocó estos presentes, inflamóse aquel vestido, y pereció lastimosamente consumida por las llamas, así como su padre que acudió á socorrerla. Medea, para completar su venganza, degolló en presencia de Jason á los hijos que de él había tenido, y se desvaneció en los aires.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

MEDEA

¡Oh Himeneo, alto dios, y tú Lucina,
Del lecho conyugal discreta guarda;
Minerva, tú que á Tisifo enseñaste
El arte de llevar sobre las aguas
Sumisas, á la nave recién hecha;

De los profundos mares, oh el monarca;
Oh sol que extiendes sobre el mundo el día
Cuando tus rayos fúlgidos derramas;
Triple Hecate, que luz tan esplendente
Al misterioso sacrificio mandas,
Y cuantos dioses de la fé debida
Me respondeis por mí Jason jurada;
Y vosotras, deidades que Medea
Implora con derecho á vuestra gracia;
Oh caos de eterna noche, del infierno
Regiones del espanto subterráneas,
Espíritus del mal, sombras impías,
Soberano que al Tártaro avasallas,
Y tú su esposa que del negro imperio
Por seductor más fiel fué arrebatada;
Con voz siniestra á todos os invoco.
Venid, deidades que con ira tanta
Dais castigo á los crímenes; venios
Con esa de serpientes enroscadas,
Horrenda cabellera; en vuestras manos
En sangre tintas, las antorchas ardan
De siniestro fulgor; venid terribles;
Tan terribles venid como os hablaba
Cuando acudisteis á mis bodas. Presto
Traed aquí la muerte más infausta
Para esa nueva esposa para ese,
Su padre y cuantos vivan de su raza,
Y permitid para el esposo os pida
El suplicio más hórrido que haya.
Que viva sí, mas para verse errante
En ignorados pueblos y comarcas,
En mísero destierro, pobre, odiado,
Sin hogar, reducido á que en su alma
Mi amor eche de menos, y en su senda
Obligado á llamar en puerta extraña
Como huésped funesto, y sobre todo,
Y anhelo más cruel no formulara,
Que los hijos que tiene, con él mismo
Y con su madre muestren semejanza.
¡Tengo hijos: vengada ya me juzgo!
¡Sí; de este modo me veré vengada!
Pero son excesivos mis lamentos,
Como Inútiles son ya mis palabras.
¿Por qué no he de buscar mis enemigos?
¿Y por qué no extinguir la viva llama
De la antorcha nupcial, la luz del día?
¡Oh Sol, oh padre de mi ilustre raza,

Semejante espectáculo contempla!
¡Muéstrase, y sigue su carrera rápida:
Por el azul de los tranquilos cielos
En su carro prosigue! Y en su marcha
No retrocede, ni hacia atrás el día
Procura hacer que vuelva á su mirada!
Déjame, oh padre, que el espacio cruce
En tu carro flamígero, y la gracia
Concédeme de ser la que lo guíe
Por la región del éter dilatada:
Cede á mi mano las brillantes riendas
De los corceles que en su ardor se abrasan.
El incendio voraz que hunda á Corinto,
Juntará los dos mares que él separa.
Tal recurso es el solo que me queda.
Cual mi rival, agitaré irritada,
En mi diestra una antorcha de Himeneo;
Elevaré mis ruegos, y en las aras
Que en tan solemne día han de erigirse,
Inmolaré las víctimas sagradas.
En sus entrañas mismas, alma mía,
Busca el camino de la atroz venganza,
Si aun te atreves á hacerlo y si es que aun vive
El vigor primitivo que en tí hallabas,
Ahuyenta, pues, los frívolos temores,
E indomable, revístete en tu saña,
Del Cáucaso con todos los enojos,
Y con su viva cólera que espanta.
Cuántos crímenes vieron, increíbles,
El Ponto y Phasis, á mi inmensa rabia,
Corinto pues verá. ¡Qué de proyectos
Inauditos y horribles en mi alma
Se agitan! ¡Cuánto anhelo abominable
Que á cielo y tierra espantará, le asalta!
Heridas, muertes y esparcidos miembros,
Insepultos después de la matanza.....
¿Todo esto qué es? Pruebas primeras
De mi edad juvenil. Aun más nefunda
Mi cólera hoy será. Mujer y madre,
Aun mayores crueldades necesarias
Me han de ser. De tus iras te reviste,
Y cuanta sed de destrucción insana
En tu pecho se abrigue, se despierte,
Y á la cruenta lucha te prepara.
De tu repudio quede la memoria
Cual es la de tu boda, sanguinaria.
¿Cómo á tu esposo dejarás? Lo mismo

Que le seguiste. Abrevia, al punto allana
Tan fútiles demoras. Por un crimen
Llegaste á penetrar en este alcázar;
Por un crimen tambien es necesario
Que de sus muros para siempre salgas.

ESCENA II

EL CORO

Dioses del cielo y de la mar, propicios
A este egregio himeneo concededle
Vuestros altos favores; y tu pueblo,
Por él tus votos á la par se eleven.
Desde luego de Jove en los altares
Un blanco toro su cerviz presente,
Y de Juno en las aras; en su mano
Cetro y rayo flamígero ambos tienen.
A Lucina á la vez también se ofrezca
La ternerilla blanca cual la nieve,
Que no ha sentido el yugo, y en seguida
A la deidad aquella que detiene
Y hasta encadena las sangrientas manos
Del implacable Marte y que las leyes
De alianza á las bélicas naciones
Dicta, y derrama de su cuerno fértil
La abundancia, inmolemos una víctima
Más tierna, cual de todos se merece.
De antorchas tan legítimas llegando
Precedido, y haciendo que ya cesen
Las sombras de la noche, oh tú, Himeneo,
Veloz acude y nuestros ojos véante
Por el licor andando entorpecido;
Con diadema de rosas en tu frente.
Y tú, estrella de Vénus, que así al día
Como á la noche lúgubre precedes,
Y aunque no dando gusto á los que aman
Con lenta marcha, perezosa siempre,
Levántate. ¡Cuán ávidas las madres
Y las virgenes todas impacientes,
Por tu dulce esplendor ya suspirando,
En la bóveda azul esperan verte!
En belleza á las jóvenes de Atenas
Esa princesa de Corinto excede,
Y á aquellas que en el pueblo sin murallas
Sobre las altas cimas del Taigete,
A ejercicio varonil se entregan,

Yá aquellas que se bañan en la fuente
De Aonia ó donde corre el sacro Alfeo.
De Eson el hijo su semblante ofrece
En gracias superior á aquel del hijo
De Semele, el que unce por corceles
Los tigres a su carro; al dios que anima,
Los trípodas, Apolo, hermano imberbe
De la casta Diana; á aquel que encuentra
En las lides del cesto sus deleites,
Resuelto Polux, y á su hermano Cástor.
Puedan, oh dioses, la mansion terrestre,
Creusa, la mujer que es mas hermosa,
Con el bello Jason vivir ya siempre,
Cuantas beldades á su lado acuden,
Si en medio de los coros aparece,
Eclipsa esta hermosura con su encanto.
La luz de las estrellas palidece
De igual modo ante el sol; ante su vista
El conjunto se oculta de las Pléyades,
Cuando la luna un círculo presenta
De prestado fulgor en su creciente.
El brillo de la púrpura mezclado
A la misma blancura de la nieve,
Compone el tinte de su fino cutis,
Y es el color de sus mejillas tenue;
El mismo de la Aurora que cubierta
Del húmedo rocío va extendiéndose
Por la inmensa estension del horizonte
Que con sus bellas luces enrojece.
Del tálamo terrible de la hija
De Phasis, fugitivo, jóven héroe,
De esa esposa colérica á quien sólo
Con temerosa indecision te atreves
Apenas á otorgarle tus caricias,
Ven la ventura á disfrutar que obtienes;
Y con amor recibe y sin cuidados
La nueva esposa que á tu lado viene
Y que á su vez con tanta complacencia
Sus cariñosos deudos te conceden.
A los lícitos juegos que autoriza
Himeneo, los jóvenes se entreguen,
Lanzad por donde quier versos malignos
Que las sonrisas exitando, alegren.
Con sus principes altos tal licencia
Los súbditos se toman pocas veces.
Noble hijo del dios que el Tirso empuña
Las antorchas de pino arder ya deben:

Agita ya las encendidas teas;
Tus torpes dedos sin tardanza mueve.
El epigrama fescenino, el númen
Satírico propague. En tan solemne
Y venturoso día que á la fiesta
Se consagra, alegraos, y sólo quede
El silencio y la noche con sus sombras,
Su triste soledad á las mujeres
Que furtivas se apartan de un esposo
Que es extraño país su patria tiene.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

MEDEA, LA NODRIZA

Ya todo sucedió como esperaba.
Resonaron los himnos de Himeneo
En mi oído. A mi súbita desdicha
¿Cómo aun es posible que dé crédito?
¿Atreverse Jason á tanto pudo?
¿Llegó su deslealtad á tanto extremo?
Después de haberme arrebatado un día
De mi padre, mi patria y de mi reino,
¿En extranjera tierra de este modo
Me deja sola, abandonada? ¿El fiero,
El cruel olvidó mis beneficios?
¿Se olvidó de mis crímenes horrendos
Que han triunfado por él del mar airado,
Y de las llamas del terrible incendio?
¿Acaso piensa se agotaron todas
Las maldades que caben en mi pecho?
Inquieta, extraviada, en los arranques
De mis iras, do quier los ojos vuelvo,
Y busco una venganza, y de ejercerla
Del modo más cruel busco los medios.
¡Si un hermano tuviera! Pero tiene
Una esposa! Una esposa que el objeto
De mi saña ha de ser: fuerza es herirla.....
¿Y esto puede bastar á mi tormento?
Si hay un crimen en Grecia, si aun existe
En las naciones bárbaras un nuevo
Delito que tus manos no conozcan,

Apresúrate al punto á conocerlo.
Los que ya concebiste te estimulan.
Aquel robo fué el uno, sí, recuérdalo,
Del áureo vellocino, y fué la muerte,
El otro, de tu hermano, compañero
De una vírgen culpable, sus despojos
Á su padre mostrados, y dispersos
Por las olas del mar, y del anciano
Pelias, sin piedad los rotos miembros
En la caldera hervidos. ¡Que de muertes
Cometidas! ¡Y cuánta, al mismo tiempo,
La sangre derramada! Y sin embargo,
Ninguno de estos crímenes fué efecto
De mi cólera. El odio y el encono
De un amor desdeñado es el que hoy siento.
Mas por extraña voluntad y fuerza
Dominado Jason, en tal extremo
¿Qué pudiera? ¿A las armas homicidas
Debería ofrecer acaso el pecho?
Tu arrebató modera, dolor mío,
Y discurre más justo y más discreto.
Jason no deje de vivir, y viva
Para mí nada más, y á no ser esto,
También conserve la existencia, y guarde
De cuanto bien le hice los recuerdos;
Y la vida no pierda que me debe.
La culpa es de Creonte, ese soberbio
Que abusa del poder que ejerce injusto
Para romper así nuestro himeneo;
Para arrancar del lado de una madre
A sus hijos, y á dos esposos tiernos
Separar de este modo. Mi venganza
Ejérzase en el acto. A él solo debo
Castigar. A cenizas su palacio
Reducido ha de verse. En tal incendio,
El promontorio altivo de Molea
Que á las naves obliga á gran rodeo,
Torbellino humeante y rojas llamas
Verá elevarse hasta el azul del cielo.

LA NODRIZA

Ten calma por favor: tus tristes quejas
Enciérrense en el fondo de tu pecho.
Las más graves ofensas es preciso
Devorar con paciencia y en silencio,
Para poder vengarlas. Concentrada,

Es temible la cólera, y á un tiempo
El odio declarado, de vengarse
Se quita á él mismo los seguros medios.

MEDEA

De tal prudencia y disimulo, sólo
Puede usar un dolor que no es tan fiero.
Estas grandes congojas no se ocultan:
Es preciso que estallen desde luego.

LA NODRIZA

Tales ímpetus cesen, hija mia,
Ni aun seguro nos es nuestro silencio.

MEDEA

La fortuna que aterra á los cobardes,
Ante las almas fuertes huye presto.

LA NODRIZA

Cuando está en su lugar, esa energía
Que demuestras así, también la apruebo.

MEDEA

El desplegarla siempre es opurtuno.

LA NODRIZA

No te ha quedado de esperanza un resto
En tu infortunio.

MEDEA

Cuando no se espera,
Entonces es cuando se debe menos
Desesperar.

LA NODRIZA

Su odio te da Yólcas,
Y tu esposo traición hace á tu afecto.
De todo tu poder nada te queda.

MEDEA

Quedo yo. Con Medea está su aliento.
En ella ves la tierra, el mar adviertes,
Y los dioses, el rayo, el mismo fuego,

LA NODRIZA

Teme al rey.

MEDEA

Era rey también mi padre

LA NODRIZA

¿ Y temor no te infunden sus guerreros?

MEDEA

No, si son hijos de la tierra.

LA NODRIZA

Al cabo
Morirás

MEDEA

El morir es mi deseo.

LA NODRIZA

Huye, pues

MEDEA

Sólo sí, de haber huido
Una vez, tan cobarde, me arrepiento.
¡Medea haber huido! ¡Yo!..... ¡Medea!

LA NODRIZA

Eres madre.

MEDEA

Y audacia me da el serlo.

LA NODRIZA

¿Vacilas en huir?

MEDEA

Huiré, mas antes
Vengada he de quedar.

LA NODRIZA

Mas sin sosiego
Perseguida serás de tu enemigo.

MEDEA

Tendré quizá de detenerle medio.

LA NODRIZA

En esas locas amenazas cesa;
Oh calla por piedad; yo te lo ruego.
Aplaca, pues, tu cólera ya inútil,
Y resignate á la fuerza de los hechos.

MEDEA

Arrebatar me mi poder le es dado
Á la cruel Fortuna, mas mi aliento
Y mi valor jamás. ¿Pero qué hace
Girar sobre sus goznes con estruendo
Las puertas del palacio? Es ese mismo
Creonte, el soberano de este reino.

ESCENA II

CREONTE, MEDEA

CREONTE

¡Qué! ¿No piensa dejar aun mis Estados
Esta hija de un rey, mujer culpable?
Medita un nuevo crimen. Su perfidia
Conozco, y sé sus ánimos audaces.

¿A quién perdona ella? Paz y calma
Quién puede hallar, no lejos encontrándose
Del lado suyo. El hierro usar quisiera
Para librar mi reino de tan grande
Como espantoso azote, pero cedo
De mi yerno á las súplicas. Que marche
En paz de mis dominios. Mas avanza
Hácia mí con furor amenazante.
¡Guardias! Venid y rechazadla presto.
No llegue ni á estar cerca, ni á tocarme.
Imponedle silencio; que al fin sepa
Al poder de los reyes doblegarse.
¡Vete pronto! Apresúrate á librarnos
De un monstruo tan cruel y abominable.

MEDEA

¿Por qué crimen, qué falta me condenas
Al destierro?

CREONTE

¡Y pregunta, así extrañándose,
Mujer tan inocente, por qué causa
Se la arroja de aquí!

MEDEA

Si en este instante
Como juez hablas tú, fuerza es me oigas,
Que en el juez es la calma indispensable,
Mas si es como tirano, tú no tienes
Poder para mandármelo, bastante.

CREONTE

Las órdenes de un rey justas ó injustas, Obedecer te toca.

MEDEA

No es durable
El poder que es tiránico.

CREONTE

Ve á Yólcos
Con tus quejas, enojos y tus ayes.

MEDEA

Quien me obligó á salir de esa mi patria,
A ella me vuelva á conducir.

CREONTE

Ya sabes
Tu sentencia dictada por mi labio.
De reclamar no es tiempo: ya es en balde.

MEDEA

El juez que una sentencia da arbitraria,
Sin haber escuchado á entrambas partes,
Comete una injusticia.

CREONTE

¿Has escuchado
A Pelias al ir á asesinarle?
Está bien: hablar puedes. Te concedo
Que defiendas tu causa.

MEDEA

Sé bastante
Por mí misma cuan vano ó cuan difícil
Es calmar un espíritu indomable
Poseido de cólera; aun aquellos
Que el cetro empuñan, en su orgullo hacen
Prerogativa régia el no volverse
Atrás de sus sentencias y dictámenes.
Es verdad que he aprendido muy de cerca
En el régio palacio de mi padre,
Porque á pesar de verme así abrumada
Bajo el peso fatal de tantos males,
Sola, en triste abandono, en el destierro,
Combatida por todos, suplicante,
He tenido por padre, allá en mi patria,
A un monarca potente, y da realce
A mi cuna la gloria más espléndida,
Porque nieta del Sol puedo llamarme.
Las comarcas que baña en sus contornos
El Phasis con sus ondas fecundantes,
Las que el Euxino rápido limita

Al terminar su curso en los parages
Donde los rios forman los pantanos
Que endulzan la amargura de los mares;
Cuantas llanuras sienten de las vírgenes
De Thermodon los pasos incesantes;
De las que embrazan el sesgado escudo,
Todo forma el dominio de mi padre.
Allí he gozado mis hermosos dias
De gloria, y de venturas inefables,
De real poderlo. En esos años,
En tiempo tan feliz, he visto amantes
Cuya alianza reyes poderosos
Buscaban, con su amor solicitarme.
Mas ligera y voluble la Fortuna,
A un infausto destino condenándome,
Me ha arrancado del trono. Así, ¡confía
En el poder que tienes! Un instante,
Uno solo, la gloria y la ventura
Destruye. El más magnífico y más grande
El mayor privilegio de los reyes,
Aquel que arrebatarle puede nadie,
El de asistir al desgraciado, y luego
Seguro asilo al que lo pide, darle,
Este es, pues, desde Yólcos patria mia,
El único tesoro que aquí traje.
Mi más hermoso título de gloria
Es haber conseguido se salvaran
Por mí misma la flor de los guerreros
De la Grecia, los héroes indomables,
Esos hijos ilustres de los dioses
Y sosten de su patria. Por mí álzase
La gloria de un Orfeo, cuyos cantos
Encantaban las piedras y los árboles;
La de Cástor y Polux, esos hijos
Del Boreas; la de aquel de penetrante
Mirada, de Linceo que iba cierta
Mas allá del Euxino y de sus márgenes;
La de todos los rudos Argonautas,
Sin recordar á aquel de estos audaces
Conquistadores el caudillo insigne,
Por lo que tú, si ya no lo olvidaste,
Gratitud, que no quiero, no me debes,
Ni te la pido yo. Por tí salvarles
He logrado, mas uno, uno tan solo
Salvé por mí. Mi acusación se entable;
Y recuerda mis crímenes. Yo misma
Los he de confesar. Sólo inculparme

Pudieran de los bravos Argonautas
Por el regreso, mas en ese trance
Si á la voz escuchara del afecto
Filial y el pudor; á no arriesgarme
A tal empeño, con la Grecia entera,
En un peligro tan fatal y grande,
Sus príncipes, hubieran perecido,
Y víctima primera inevitable
Del fiero toro de encendidas llamas
Tu yerno hubiera sido en el instante.
Cualquier pesar ó desventura horrenda
Que el destino disponga reservarme,
La vida de esos vástagos de reyes,
Por mí no me arrepiento se salvase.
El premio que merezco por mis crímenes
En tu poder está. Como culpable
Condéname si quieres, pero vuélveme
Al que al crimen me hizo así entregarme.
Soy en efecto criminal, Creonte:
Lo confieso, á pesar que ya lo sabes,
Cuando al fin proteccion te he demandado
Y abracé tus rodillas suplicante.
No te pido un asilo en este reino;
Un oscuro retiro en que ocultarme;
Un pedazo dé tierra sólo otórgame.
En él mi vida solitaria pase.
Si de aquí me destierras, no me niegues
Un refugio no más, el más distante
En toda la extesion de tus Estados.
Esta corta merced no has de rehusarme.

CREONTE

No soy monarca tan cruel, ni soy
Capaz de rechazar inexorable
La súplica de un ser que es desgraciado.
Que tal es mi piedad, ya está bastante
Probado, el acoger por yerno mio
A un triste fugitivo, á mil azares
Expuesto, y á merced de sus contrarios
Sin poder y recursos, porque Acastes,
Monarca de Thesalia, el medio busca
De hacerle sucumbir, castigo dándole
A tus crímenes todos. La venganza
Prosigue en contra tuya, de su padre,
Ese anciano ya trémulo y caduco,
Cuyos miembros sus hijas quebrantáronle

En su amor filial extraviadas,
E impelidas á acción tan execrable
Por tu mágico ardid. Mas separando
Su causa de la tuya, sincerarse
Jason puede muy bien. No están manchadas
De Pelias sus manos en la sangre,
Ni se armaron del hierro, y puro siempre
Ante tus hechos supo conservarse.
Artífice de crímenes no oídos,
Los más odiosos y los más infames,
De la mujer te sobra la malicia
Para en tí concebirlos, sin faltarte
Esa audacia del hombre para verlos
Cumplidos con placer abominable.
Tú que no temes al horror y mengua
Que del crimen no pueden desligarse,
De tu presencia libra mis Estados:
Lejos, muy lejos de mis tierras parte;
Vayan contigo tus pasiones fieras;
Contigo al fin nuestros temores váyanse.
A atormentar los dioses vé á otros sitios,
Con tus ocultas, misteriosas artes.

MEDEA

¿Me obligas á partir? Sea en buen hora.
Devuélveme en seguida aquella nave
Que me trajo ó al mismo compañero
De mi fuga, en su vez tienes que darme.
¿Por qué me obligas á partir hoy sola?
¿Sola vine yo acaso? No rechaces
El fundado temor de que una guerra
Pudiera ser que llegue á suscitarse,
Y á entrambos nos arroja. ¿Por qué marcas
Tal diferencia entre los dos culpables?
A Pelias por él díle la muerte.
Así, mi fuga, mi vendido padre,
Mi hurto audaz, mi destrozado hermano,
Todas estas acciones y maldades
Que un esposo á su amante desposada
Inspira, no son obras que achacarme
Debes nunca. Sí, ¡todas cometílas,
Más ninguna por mí!

CREONTE

Si has de marcharte,

¿A qué vienen inútiles discursos?
¿A qué esta dilación?

MEDEA

Voy á alejarme,
Mas mi postrera súplica de hinojos
He de hacerte; tus odios no se ensañen
Castigando en mis hijos inocentes,
El crimen que tan sólo es de su madre.

CREONTE

Vete tranquila; cual á propios hijos
Los trataré, mi amparo siempre dándoles.

MEDEA

Por el regio himeneo que has dispuesto
Y bajo auspicios tan felices haces;
Por la esperanza que en el mismo fundas;
Por el destino de los reinos grandes
Con que juega, impulsada del capricho,
La Fortuna en sus prontas veleidades;
Que me otorgues, te ruego, un corto plazo
A mi partida, sólo, porque abraze
Y prodigue mis últimas ternezas
A mis hijos que pierden á una madre;
La que á morir tal vez ¡ay! muy cercana
Se encuentra ya.

CREONTE

Tener así te place
Algún tiempo, sin duda, en el que logres
Un nuevo crimen cometer.

MEDEA

No es fácil
En tiempo tan escaso. ¿Y qué mal puedes
Temer ahora de mí?

CREONTE

Tiempo no fáltale
Al malvado jamás para cansarlo.

MEDEA

¿Negarás á una mísera un instante
En que verter sus lágrimas?

CREONTE

Me causa
Instintivo terror el otorgarte
Esa gracia. Te dejo un solo día,
Para que en él tu marcha aquí prepares

MEDEA

Eso es mucho: abreviar puedes el plazo.
Obligada yo misma ya á alejarme
De estos sitios me siento.

CREONTE

Si en mis reinos
El sol llega mañana á levantarse
Y no has pasado el istmo, ¡ay de tu vida!
Pero ya me reclama el fausto enlace.
A los dioses tribute en un momento
Tan solemne, mis votos y homenajes.

ESCENA III

EL CORO

¡Cuán temerario el decidido nauta
Que osó primero en frágil navecilla
Hendir las olas pérfidas, dejando
Tras sí la tierra en que nació, y su vida
Confiando al capricho de los vientos,
Al lanzarse en las olas extendidas,
En senda de aventuras, siendo solo
Leve tabla de un tronco recogida,
La que allí su existencia de la muerte
Le separaba entonces! Aun la vista
No se fijaba en el espacio: el curso
De los astros ninguno conocia,
Ni a las claras estrellas sujetábase,

Que esplenden en la bóveda infinita.
Ni las pluviosas Híadas, entonces
Las naves evitar aun no podían,
Ni la influencia de la Cabra; aquella
Del carro que siguiendo ya sin prisa
El no jóven Boyero: Entonces Bóreas
Y Céfiro, estos nombres no tenían.
Sobre la inmensa mar osa el primero
Sus velas desplegar Tifiso, y dicta
A los vientos entonces nuevas leyes,
Y tanto sabe aprovechar sus iras,
Cual recibirlos á su vez si llegan
De costado, abatiendo, si precisa,
A medio mástil las antenas altas,
O elevarlas aun más cuando en su misma
Impaciencia, los vientos todos juntos
El tripulante evoca, y cuando erguida
La bandera de púrpura tremola
Sobre la nave rauda y fugitiva.
Nuestros padres lograron esos siglos
De inocencia y virtud. En las orillas
Que les vieron nacer, en paz entonces,
Habitaban, y al cabo envejecían
En la tierra que fué de sus abuelos,
Satisfechos con poco, y por su dicha,
De su nativo suelo los tesoros
Nada más conociendo. Se aproximan,
Las separadas tierras por la nave
De Thesalia, y la mar es sometida
Al golpe de los remos, y se une
A todos nuestros males y fatigas,
Los peligros sin número que ofrece
Un extraño elemento. Allí se mira
Correrlos á una nave desdichada
Y provocarlos tanto en su osadía,
Que costosa le es cuando se arroja
Entre los montes célebres que fijan
Del Euxino la entrada, y se estremecen
Con el fragor del rayo, en tanto altiva
La mar presa entre ellos, á las nubes
Lanza la espuma que en sus olas brilla.
A tal siniestro, Tifiso ya tiembla,
Y abandona el timón su mano fría;
Sus cánticos suspende el dulce Orfeo,
Y queda muda su encantada lira;
Argos mismo su voz pierde al instante.
¿Mas qué? Cuando la vírgen de Sicilia

Que en el cabo reside de Pelora,
De sus funestos canes circüida,
Les hace aullar á un tiempo ¿quién no
(tiembla
Creyendo que esta horrible gritería
La produce no más un monstruo fiero
Que en las rocas oculta su guarida?
¿Qué terror no sintieran en los mares
De Ansonia, en la región azul y limpia
De las Sirenas pérfidas que suelen
Detener con la dulce melodía
Y los encantos de su voz las naves,
Que por las verdes olas se deslizan,
Y arrastradas se sienten del dios Tracio,
Por los acordes que armoniosos vibran?
¿Qué premio obtuvo tan audaz viaje?
Del áureo vellocino la conquista,
Y Medea, mujer aun más temible
Que temibles nos son las olas mismas,
De los primeros que la mar surcaron
Con tanto arrojo, recompensa digna.
Acatando la mar hoy nuestras leyes,
Doblega su cerviz ya más sumisa.
No hace falta aquel Argos, bella nave
Por la sabia Minerva construida,
Tripulada por reyes. Por las olas
Se aventura la frágil navecilla.
Se cambiaron los límites antiguos,
Y las gentes ciudades edifican
En nuevas tierras. Dondequier el mundo
Se cubre de naciones muy distintas,
Y en su anterior lugar nada se encuentra:
Todo en trastorno general se mira.
El agua fresca del Araxe bebe
El indio: el persa allí su sed mitiga,
En el Elba y el Rhin. Llegará un tiempo
En el camino que los siglos sigan.
Que el Océano extenderá del globo
El círculo, ofreciendo á la osadía
De los hombres, ignota, inmensa tierra.
Nuevos mundos la mar dilatadísima
Llegará á revelarnos, y cual linde
Del inundo no será Thule ya vista.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

LA NODRIZA, MEDEA

LA NODRIZA

¿Adonde vas tan rápida, hija mia?
Detente ya; la cólera modera;
Mitiga ese frenético arrebató.
Cual furiosa bacante que va llena
Del dios que así la agita, á la ventura
Va cruzando del Pindo las laderas
Que recubre la nieve, á la alta cumbre
Del Nysa, allí la mísera Medea
Iracunda agitándose, en su rostro
Con la expresión del vértigo que ciega.
Sus faciones se abultan al esfuerzo
Que en su difícil respirar, la altera.
Prorrumpe en gritos, con placer sonríe
Y de llanto sus párpados se llenan:
En su semblante las pasiones todas
Á su vez van pintándose funestas.
Amenaza, vacila, llora, gime,
Se encoleriza. ¿En quién de tan inmensa
Y tremebunda ira en su venganza,
Irá el peso á caer? ¿Dónde la horrenda
Tempestad va á estallar? Su rabia impia
Que el ánimo suspende y amedrenta,
Ya límites no tiene. No es un crimen
El que á sus solas mísera proyecta,
Común y fácil, ni delito usado
El que medita en su rencor: á ella,
Á ella misma á escederse va sin duda,
Va á avergonzar á la salvaje hiena.
Yo la he visto otra vez con las facciones,
Á la cólera horrible descompuestas.
Propónese esta vez algo espantoso,
Cruel, impío, abominable: es fuerza
Que algo ocurra, porque es la rabia suya,
La que respira hoy. ¡Que falso sea
Lo que presiento así! ¡Que yo me engañe
Los altos dioses del Olimpo quieran!

MEDEA

Si pretendes saber, en tu desdicha,

Cuánto debes odiar, también recuerda
Cuanto amaste..... Sin hórrida venganza
Este enlace real, ¿cómo Medea,
Yo, Medea, sufrir? ¿Y sin provecho
Este día pedido con bajeza
Y con viles desprecios alcanzada,
veré perdido? En tanto que mantenga
Su equilibrio en los aires nuestro mundo;
En tanto que los astros den sus reglas
Y su curso á las varias estaciones,
Y contarse no puedan las arenas,
Y el sol produzca el día, y que la noche
Esmalte el cielo azul todo de estrellas,
Y encima de las ondas intranquilas
En el cielo la Osa se suspenda,
Y que caminen á la mar los ríos,
La sed de la venganza que me quema,
Y devora, muy lejos de extinguirse,
Crecerá con más hórrida violencia.
Ni la rabia, el furor que anima ardiente
El crudo instinto de salvaje fiera;
Ni Scila ni Caribdis cuyas simas
De Sicilia y de Ausonia la ola inquieta
Absorben, ni aquel monte cuyo peso
Á Encélado así aplasta, el rojo Etna,
Aun podrán igualar al odio mío,
Al violento furor de mi inclemencia.
Ni el torrente más ráudo, ni los mares
Mas turbados, que braman y se encrespan,
Ni del Euxino el curso apresurado
Que furibundo el aquilon subleva,
Ni la llama agitada por el viento
Que ruje más feroz; nada pudiera
Detener de mi cólera el impulso.
¡Que todo se destruya y desaparezca!
¿Dirá Jason acaso que á Creonte
Y que al poder del que en Thesalia reina,
Ha temido? En verdad que nada teme
El verdadero amor. Cedió á la fuerza;
Fué débil, pero al menos á su esposa
Pudo ver, procurándose con ella
Una corta entrevista. ¡ Hombre tan fiero
No pudo ser audaz! Fácil le era
Obtener de Creonte, el retrasarme
Mi partida cruel. ¡Y se me deja
Para abrazar mis hijos solo un día!
No es mucho, no; mas me conformo: sea,

Porque sabré emplear con buen acierto,
El tiempo tan escaso que me resta.
En éste día, en este, uno tan sólo,
Extrañas cosas se verán; de ellas
En los futuros días ha de hablarse.
Provocará á los dioses mi soberbia.
Alzaréme en su contra, y yo en mí saña
He de agitar á la natura entera.

LA NODRIZA

Tu razón se turbó con la desdicha.
Apacigua tu espíritu, princesa.

MEDEA

No tendré calma alguna hasta que todo,
Conmigo en el abismo se sumerja.
¡Conmigo ya sucumba el universo!
Todo conmigo sin piedad perezca.
Dulce es morir, si tras de sí se arrastra
Á su ruina súbita y completa.

LA NODRIZA

Si en tu empeño persistes, no te burles
Del peligro que corres; en él piensa.
Imposible es sin riesgo, de los reyes
Provocar el enojo y la soberbia.

ESCENA II

JASON MEDEA

JASON

¡Oh bárbaro destino! ¡Suerte impía,
Cruel de igual manera, ya contraria
O favorable ya! Los dioses altos
No saben encontrar á mis desgracias
Sino remedios ¡ay! que son peores,
Á los mismos pesares que me matan.
Si la fé conyugal guardar deseo
Que á mi esposa juré, la muerte infausta
Me es preciso afrontar, y si la muerte
De mí he de rechazar, tiene mi alma

Que ser perjura entonces. No es el miedo
El que olvidar me hace las sagradas
Promesas del esposo; el temor solo
De mí ternura inquieta y alarmada,
Porque la muerte de mis hijos fuera
Seguida de mi muerte sin tardanza.
Si tú, Justicia incorruptible, habitas
En el cielo, te invoco de mis ansias
Por testigo. En el trance tan terrible
En que mi triste espíritu se halla,
Tal sacrificio por mis hijos cumplo.
Su madre á no dudarlo, así enojada,
Es violenta, y su genio, es irascible;
Más á sus hijos que á su esposo ama.
Probaré con mis súplicas á ella.....
Ya á mi vista, su cólera y su saña
Se despiertan. Retrátase en su rostro
El odio concentrado: en él se hallan
Las iras que se agolpan tremebundas,
En el oscuro fondo de su alma.

MEDEA

He de huir, oh Jason: huiré; el destierro
No es nuevo para mí; mas sí la causa
Que me conduce á él. Por tí es preciso
Que haya al fin... Ya abandono esta comarca.
Partiré, mas al ser de tu palacio
De este modo tan pérfido arrojada,
¿Adónde quieres tú que me encamine?
¿A Phasis, Yólcos, la que fué mi patria
Y de mi padre el reino? ¿A las llanuras
Con sangre de mi hermano ya regadas?
¿Qué mares debo atravesar? ¿Adónde
Mi errante paso dirigir me mandas?
¿De Euxino he de cruzar por el estrecho
Donde conduje las gloriosas armas
De un ejército audaz todo de héroes,
Y siguiendo á través las Simplegadas
Á un adúltero amante? ¿Por asilo
Me quieres dar los valles de Thesalia
O bien Yólcos humilde? Cuantas sendas
Te dije, para mí tengo cerradas.
¿Adonde, pues, me envias? El destierro
Me impones, pero no me dices nada
Del lugar donde debo al fin sufrirlo.
Es preciso partir, pues me lo manda

El altivo Creonte: le obedezco.
De sus desprecios siéntome abrumada:
Los tengo merecidos. De su cólera
Apure la crueldad ese monarca
En la triste rival de la hija suya;
Encadene sus manos; en la infausta
Prisión la abisme y en eterna noche
De horrible sufrimiento. Resignada
Considero que es menos tal castigo,
Que el que sufrir merezco por mis faltas,
Ser ingrato, recuerda aquellos toros
Que vomitaban abrasantes llamas,
Y á los tuyos y á tí de inmenso espanto
En las venas la sangre les helaba;
En la llanura aquella donde viste
De súbito salir la mies extraña
De guerreros armados, hijos todos
De la tierra, los cuales en su audacia
Al mandato no más de la voz mía,
Hicieron entre sí fiera matanza.
El escudo recuerda de aquel Frigio
A quien rico despojo conquistaran,
Y el dragón que el espanto era de todos,
Y despierto, en continua vigilancia,
Obligado á ceder por vez primera
De irresistible sueño á la asechanza;
Mi hermano muerto y los delitos tantos
Que en un crimen ya único se hallan
Para mí resumidos, y los hijos
De Pelias que osaron engañadas
Por mis artes, en míseros fragmentos
Destrozar á su padre, en la esperanza
De que con nuevo ser reviviría,
Porque así lo anunciaron mis palabras.
No olvides, no, que por seguir tus pasos
A otro reino, yo el mio abandonaba,
Por los hijos que esperas de tu esposa,
Por la paz que te ofrece el régio alcázar
De Creonte; por esos indomables
Y fieros monstruos que vencí en batalla;
Por mis manos dispuestos á servirte
Y á tu sola defensa consagradas;
Por el cielo y la mar, fieles testigos
De promesas que hicieren nuestras almas;
Ten piedad de esta mísera; mi labio
Te lo mega; concédeme por gracia,
En medio de tu próspero destino,

El premio de esos bienes que te daba.
De las riquezas todas que el Scita
Se apoderó tan lejos, y á mi patria
De los índicos campos florecientes
Ha traído, de aquellas que eran gala
Allí en nuestros palacios; los montones
De oro que en los mismos rebosaban,
Siendo entonces espléndido ornamento
De nuestras verdes selvas dilatadas;
Nada traje en mi fuga: solamente
Los miembros de mi hermano, y tu la causa
De todo, por que á tí he sacrificado
Padre y hermano, mi pudor, mi patria.
Tal es el dote que me diste. Dame
Estos bienes que al fin hoy me arrebatas.

JASON

La existencia quitarte pretendia
Creonte en su furor, pero á mis lágrimas
Conmovido, decreta ya tan sólo
Tu destierro. Concédeme esa gracia.

MEDEA

¡Mi destierro! ¿Y lo mira cual castigo?
Un favor es más bien.

JASON

Pues sin tardanza
Huye, sí; tienes tiempo. De los reyes
La cólera es terrible y anonada.

MEDEA

¿Y tu consejo es ese? Y por tu esposa
Mi fuga así pretendes? ¿Y librarla
De una odiosa rival así procuras?

JASON

¡Y por tales amores tan airada!
¡Culparme en su rencor así Medea,
Cual si yo sus desdichas provocara!

MEDEA

Te reconvengo, sí; por tus perfidias,
Tus negros homicidios y venganzas.

JASON

¿De qué crímenes puedes acusarme?

MEDEA

De todos los que hice.

JASON

¡Eso faltaba!
Que de todos tus crímenes infaustos,
Como su autor, cual dices, me tomaran.

MEDEA

Los tuyos son sin duda, mis delitos.
El crimen es de aquel que al fin alcanza
El fruto que produce. Aun cuando fuese
Por las gentes, por todos infamada,
Tú solo en mi defensa deberías
Sostener mi inocencia. Quien se halla
Culpable por tí solo, ser debiera
Pura á tus ojos y en su honor sin mancha.

JASON

La vida es un suplicio, si se siente
Vergüenza de tenerla y de alentarla.

MEDEA

Cuando tal beneficio así avergüenza,
Conservarse no debe.

JASON

Digna calma
Templar debiera tu furor cruento.
De tus hijos acuérdate.

MEDEA

¡No! ¡Calla!
Yo reniego de ellos: los rechazo,
Si ha de darles hermanos la que llamas Tu esposa.

JASON

Como reina prestar puede
A los hijos de madre destronada
Un asilo, y es harto poderosa
Para darles su amparo en su desgracia.

MEDEA

¡ Ay, los dioses perdónenme la afrenta
De ver mi sangre ilustre así mezclada
Con la sangre de estirpe tan inicua!
¡Que aquellos que del Sol hijos se llaman,
A los hijos de Sísifo se vean
Unidos cual si fuesen de su raza!

JASON

¿Porqué ese afan cruel de que así entrambos
Nos perdemos á un tiempo? Al punto mar-
(cha:
Te lo ruego.

MEDEA

Mis súplicas ha oído
Hasta el mismo Creonte.

JASON

¿Acaso alcanza
Mi poder á salvarte? ¿Qué hacer puedo?

MEDEA

Por mí, hasta el crimen.

JASON

En sus ferreas garras
Dos monarcas me tienen.

MEDEA

A Medea,
En ese mismo extremo que te hallas,
Tienes tú, que es más fuerte y más temible.
La prueba hagamos: esgrimir mis armas
Combatiéndolos déjame, y sea el premio
Del triunfo Jason, en la batalla.

JASON

Mis fuerzas ha agotado el infortunio:
Tú misma teme ser atormentada
De nuevo por los males que sufrimos,

MEDEA

La Fortuna de mí siempre fué esclava.

JASON

Acastes se aproxima; aquí más cerca,
Es temible Creonte.

MEDEA

Huya tu planta
De entrambos: yo no exijo que levantes
Contra tu nuevo príncipe tus armas.
No te exige Medea que tus manos
Se manchen con la sangre derramada
En la regia familia que te encuentras.
Sígueme luego, y tus virtudes guarda.

JASON

¿Y quién ha de acudir á defendernos,
Si Creonte y Acastes se aliaran?
¿En tan doble contienda, quién nos sigue?
Es empresa imposible y temeraria.

MEDEA

A sus huestes añade la de Yólcos
Bajo el mando de Eetes, su alianza
Con los Scitas y los griegos fuertes,
Y á todos los verás bajo las aguas
De la mar perecer.

JASON

El áureo cetro Un terror inmensísimo me causa.

MEDEA

Codícialo más bien.

JASON

Pudiera acaso
Sospechosos hacemos nuestra plática,
Y seguirla es espuesto.

MEDEA

Pues te muestras
De tal modo, oh tú Japiter que mandas
En los dioses; resuene en los espacios
Del trueno el ronco son; la diestra arma,
Y el universo quebrantado estalle
Al rayo aterrador de las venganzas.
Al ser que debe aniquilar no elija:
El ó yo, que el que sufra al fin su saña,
Un culpable será: no se equivoca
Cayendo sobre entrambos.

JASON

Con más calma
Discurre, y más discretos pensamientos
Te dominen, pues, ya. Si en el alcázar
De Creonte, existiera algo que temple
De tu destierro la amargura tanta,
Pedirlo puedes.

MEDEA

Mi desprecio tengan
Los tesoros que guardan los monarcas.
Que siempre así los desprecié no ignoras.
Deja que solo con mis hijos vaya
Á mi destierro; en él que me acompañen,
Y en su seno verter pueda mis lágrimas.
Tú tendrás nuevos hijos.

JASON

Bien quisiera
Acceder complaciente á tu demanda.
Quisiera, sí; pero el amor paterno
Me lo impide, y Creonte no alcanzará
De mí nunca, jamás tal sacrificio
Aunque es rey. Son los lazos que me atan
Á la vida, y el único consuelo
En los rudos tormentos que me asaltan.
Antes más bien, renunciaré hasta al aire
Que respiro, á mis miembros, á la clara
Luz que aparece con el nuevo día;
A la luz, que es la vida y la esperanza.

MEDEA

¡Cuánto quiere á sus hijos!; Cuánto
(sufre!
¡En mi poder está! ya donde alcanza
Mi mano á herirle, sé. Deja que al menos
Con mis últimos besos les dé el alma.
Tan supremo favor que así te pido,
No me puedes rehusar. Cuanto en mi rabia,
Mis arrebatos dije, olvida al punto.
Un recuerdo más grato de mí guarda,
Y bórrense esta, vez de tu memoria,
Cual hijas del despecho, mis palabras.

JASON

Al olvido las dí. Sólo te ruego
El exceso moderes que te causan
Tus infortunios tantos; que procures
Que el reposo en tu pecho al fin renazca.
Con la mayor resignación se endulza
La amargura que aflige en la desgracia.

MEDEA

¡Se va!..... ¡Y así me deja! ¡Así se olvida
De mí, de mis tormentos, y de tantas
Pruebas de amor y beneficios tantos!
¡A qué funestos crímenes me lanza!
¿Ya de mí no se acuerda? ¡Oh, ya nunca
Te podrás acordar! Vamos, prepara
Tus recursos, Medea, tus malicias

Y todo tu poder. Al fin alcanzas
Conocer bien el crimen, como fruto
De tantos como has hecho siempre impá-
(vida.
Disponte ya al castigo no esperado;
Hiere en el sitio en donde no se aguarda
Ni la defensa se previene. Ahora
La astucia no me sirve; es recelada.
¡Adelante! Es preciso que ejecutes
Lo que está en tu poder. ¡Valor y audacia!
Y tú, débil nodriza, de mis penas
La confidente sólo, y mi compañá
En mi inquieta existencia, ven; secunda
Mis propósitos tristes. Aun se halla
En mi poder un manto que es prodigio,
Celeste don que mi familia guarda
Y del trono magnífico de Yólcos,
La más hermosa y deslumbrante gala,
Por el Sol á mi padre concedida
Como señal de su progenie alta.
Tengo aún una espléndida diadema
Y un collar que es de oro en que se esmaltan
Brillantes piedras, que en mi adorno uso.
A la feliz esposa estas alhajas
De mi parte ofrecidas por mis hijos
Quiero, pues, que le sean: impregnadas
Serán antes por mí de un filtro mágico
Que conoce mi ciencia y mi venganza.
Invoquemos á Hecate y vamos luego
Al fúnebre holocausto, y ante el ara
Acudiendo en seguida, se levante
Del sacro fuego la esplendente llama

ESCENA III

EL CORO

Ni la violencia de voraz incendio,
Ni el impulso del viento, ni del dardo
La rapidez, se igualan en temibles
Al furor y la cólera asociados,
De la mujer que repudiada, á un tiempo
El odio abriga y el amor infausto.
Cuando la brusca tempestad de súbito
Se desata, en sus soplos es el ábrego
Menos fiero, y aun es menos furioso
El Danubio al lanzarse en curso rápido

Destruyendo los puentes, de sus márgenes
Saliéndose indomable y desbordado.
Aun el Ródano es menos temible
Cuando rechaza el poderoso amago
De las olas riel mar; menos temidos
Son los rancos torrentes engruesados
Con las nieves del fiemo derretidas
Del sol ardiente á los hermosos rayos.
El amor que se agita por el odio,
Ciego es: nada puede moderarlo
Y detenerle nada: arrostra al punto
Hasta la muerte misma, y vuela impávido
Ante la punta de la espada. ¡Oh dioses,
Piedad! Vuestra clemencia os imploramos.
Las horas protegéd del héroe invicto
Que las olas del mar ha doblegado.
Mas el rey de las olas, la venganza
Del ultraje á su imperio, está anhelando.
El vanidoso jóven que atrevido
Del Sol eterno dirijiera el carro,
Y olvidó de su padre las lecciones,
Sufrió el castigo á su imprudencia, infausto,
Y envuelto entre las llamas con que al
(mundo
Dió catástrofe tal, se vió abrasado.
No sin peligro por iguales sendas
Se aventura el audaz. Seguid el paso
Y el seguro camino que de há tiempo
Vuestros dignos mayores os trazaron,
Y en vuestro ardor febril nunca intentéis
Romper aquellos límites sagrados
Que los mundos separan. Todos esos
Los que célebres remos han usado
De atrevidos bajeles, y su sombra
Á las sagradas selvas les quitaron
Allá en el Pelion; todos aquellos
Que entre escollos movibles y entre bajos
Lanzáronse despues; los que peligros
Sin numero, en los mares afrontando,
En las distantes costas al fin viéronse
De un país agresivo, adusto y bárbaro,
Para buscar el oro que llenaba
En su avidez sus codiciosas manos;
Su sacrílega audacia con la horrenda
Y provocada muerte han expiado.
Por vengar sus derechos, desafía
El abismo á los náutas más impávidos.

De entre todos es Tífigo el primero:
Deja el timón en inexpertas manos;
Sufre la pena del fatal descuido;
Muere lejos al fin de tus Estados,
Y en la tumba común yace hasta el día.
En la sombra, sin gloria y olvidado.
Aulis detiene en el seguro puerto
Las impacientes naves de su mando,
En la contraria calma, noticioso
De la muerte que halló su soberano.
El hijo de Calíope, el que hacia
Con su armoniosa lira el curso rápido
Suspende de los ríos, y á los vientos
Imponía el silencio, y que lanzando
Á torrentes armónicos sonidos,
Al ave hizo olvidar sus dulces cantos,
Y obligaba á los bosques á seguirle;
De Tracia en las llanuras destrozado,
Su cabeza del Hebro dio á las olas
Que tristes la acogieron murmurando.
Para siempre revive, desde entonces
De la Stigia en las márgenes y el Tártaro.
De los hijos del Bóreas se vio Alcides
Vencedor. Casi muerto por su brazo,
De Neptuno fué el hijo tan famoso
Por tanta metamorfosis. Tan bravo
Adalid á su vez cuando la tierra
Y la mar hubo al fin pacificado.
Después de haber las puertas del imperio
De la sombra eternal hecho pedazos,
Encontróse tendido y aun con vida
En la hoguera del Eta, y ya entregando
A la llama voraz todo su cuerpo,
Consumido perece ante el engaño
Como aleve funesto, por el traje
Sangriento de aquel Neso, regalado
Por su postrera esposa enamorada,
Anceo halló su muerte á los extragos
Del cruel jabalí, y en sus colmillos;
Y tú á tu vez, temible Meleagro,
Con tus impías manos degollaste
De tu madre á los míseros hermanos,
Cuya muerte vengada con la tuya
Fué por ella. ¡Oh que crímenes nefandos!
Tales héroes la muerte merecieron.
¿Mas qué crimen pudiera haber culpado
A aquel tierno mancebo que no pudo

Encontrar el gran Hércules, y al cabo
Pereció en la corriente, en una ola
Apacible y ligera? ¡Héroes magnánimos,
Afrontad de la mar esos azares,
Sufrid sus iras y sus riesgos tantos,
Cuando un simple riachuelo así os ofrece
Tales peligros en su curso manso!
Idmon no obstante de su oculta ciencia
De lo que está por ser, fué devorado
Por una sierpe en la arenosa Libia,
Y Mopsas que en su acierto confiando,
A su vez anunció á sus compañeros
Su muerte infausta, desmintió su oráculo:
Él solo sucumbió lejos de Tébas.
A creer sus proféticos relatos.
A errante vida vióse en el desierto
El esposo de Tétis condenado.
Aquel que las hogueras engañosas
Pretendia encender, el fuerte Nauplio,
Por vengarse del Griego, vino entonces
A encontrar en su vez un fin infausto;
A lanzarse en el fondo de los mares.
Aquel hijo de Oileo, así expiando
De su padre los crímenes, hundido
En las olas se vió por fiero rayo.
Generosa y magnánima Alcestea
Por salvar de Thesalia al soberano,
Su esposo, sucumbió; y aquel, por último,
Que mandó trasportar el asiático
Despojo, y en su nave, la primera,
El áureo vellocino, aquel tan bravo
Pelias, cuando el mundo cruzó todo,
En hirviente caldera fué arrojado;
Y quien así brilló sobre la tierra.
Fué consumido en tan estrecho espacio.
¡Oh deidades potentes! ya á los mares
Vengásteis con exceso. Sed más blandos,
Y á Jason perdonad: á su despecho
A esa empresa atrevida fué lanzado,

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

LA NODRIZA

¡Oh qué espanto, qué horror del alma mía
Se apodera! Las iras que destrozan
De Medea el espíritu, recrecen,
Se inflaman y renúevanse espantosas.
Y su delirio con furor renace.
En tales arrebatos que acongojan,
Ya la oí muchas veces, á los dioses
Osada apostrofar, ardiendo en cólera,
Y al mismo cielo hacer que á su obediencia
Se mostrase sumiso. Mas ahora
Debe ser más terrible y más extraño
Lo que está meditando allá á sus solas;
Porque apenas veloz de aquí marchóse
Para encerrarse en la masion umbrosa,
Su cruel santuario, en él despliega
Su poder que es tan grande, y confecciona
Esos filtros que siempre vió con miedo,
Y todo cuanto sabe que provoca
Los males, los ocultos maleficios,
Y que nadie es posible que conozca.
Sobre el ara fatal su diestra mano
Extendiendo iracunda y misteriosa,
Á cuantas rudas fieras de la Libia
Producen las arenas ardorosas;
Cuantas oculta la guarida helada
Bajo la eterna nieve que está en toda
La comarca de Tauro; á cuantos mónstruos
Pudieran haber, á su presencia evoca.
Á sus mágicas voces atraídos,
Innúmeros reptiles abandonan
Sus inmundos refugios. Una sierpe
Ya vetusta, adelántase y se enrosca,
Y deshace después no sin esfuerzos,
Los dilatados círculos que forma.
Agita sus tres dardos; con sus ojos
Busca su presa, amenazante y torva,
Mas los mágicos gritos la detienen;
Repliega sus anillos recelosa.
Y en espiral su cuerpo deja erguido.
«Los mónstruos que nacieron en las hondas
Guaridas de loa troncos, no me ofrecen,
Medea así murmura misteriosa.
Sino vulgares, míseros recursos.
Al cielo es al que debo esa ponzoña.
Que mata demandar. Tiempo es que olvide

Los comunes encantos. Baje ahora
Á mis conjuros la serpiente enorme
Que en el cielo se extiende pavorosa
Como si fuera dilatado río,
Y la cual con sus nudos aprisiona
A dos monstruos, que siempre favorecen,
El mayor á los griegos en sus glorias,
Y el menor á los tirios. Serpentario
Los brazos abrirá con que sofoca
Al reptil gigantesco, y su veneno
Le obligará á que arroje sin demora.
También anhelo que á su vez sumiso,
Al eco de mi voz Piton responda;
El que con dos deidades sin espanto,
En su ira maléfica y sañosa,
Se atreve á combatir. Quiero que pronto
De Lerna aquella hidra aterradora
Venga á mí con sus múltiples cabezas
Que renacer se vieron asquerosas
Bajo el brazo de Hércules; y á un tiempo,
Oh tu el dragon de Yólcos, llega ahora;
Acude, tú el custodio vigilante
Que fué el espanto de las gentes todas,
Y el que por vez primera adormecido
Á mi mágica voz, cedió en su cólera.»
Cuando siniestra convocó á los móns
(truos,
Confundió aquellas plantas venenosas
Que nacen en las cúspides inhiestas
Del Eríx. y en las nieves que rebosan
Eternas en el Cáucaso, regadas
Con negra sangre que del pecho brota
Del triste Prometeo, y la que sirve
Para dar su maléfica ponzoña
Á las flechas de indómitos guerreros
De la Arabia Feliz, de Medas tropas
Al arquero, y al Parto belicoso
Y aquellas recogidas en las sombras
De la selva Herciniana, en clima helado,
Por los fuertes Suevos. Cuantas hojas
De veneno infiltradas reproduce
La tierra en esta época en que forman
Los pájaros sus nidos; las que engendra
Cuando la selva el aquilon azota
Y con sus soplos bruscos y temibles
De sus floridas galas la despoja,
Cuando el rigor del frío ha encadenarlo

Á la región terrestre; cuantas otras
Yerbas extrañas de virtud diversa,
Mortal veneno esconden, se ven todas
Retorcidas y así por sus raíces
Los maléficos jugos que atesoran,
Extraídos á un tiempo. Entre sus manos
Estrújalas Medea. De las lomas
De Athos en Thesalia, la una vino,
De las cumbres del Pindo aquella. Adorna
La levantada cima del Pangeo,
La que su tierna frente débil dobla
Á la cortante hoz. De tales plantas
Unas fueron cogidas en remotas
Comarcas y del Tigris en las márgenes
El de profundas aguas; fueron otras
Del Danubio en la orilla; y en las áridas
Llanuras donde corren y se agolpan
Las aguas del Hidaspe que en su curso
Arrastran sin cesar piedras preciosas,
Y en las riberas del undoso Bétis
Que dá su nombre á las comarcas todas
Que baña cuando corre ya á extinguirse
Del mar de Hesperia en las tranquilas olas.
Las unas con el hierro se cortaron
Cuando el sol ya no guía su carroza,
Las otras en la noche más profunda,
Entre las tristes y siniestras sombras;
Y por último, aquellas se arrancaron
Por la encantada uña poderosa,
De la maga fatídica. Medea
El vegetal mortífero reboza
Y riega con veneno de serpientes
Y de siniestras aves la ponzoña,
Con la sangre humeante y el negruzco
Corazón de algún buho, y las ya rotas
Entrañas vivas del fatal mochuelo
Cuyo quejido es lúgubre y asorda.
La malévola maga así reúne
Tan varios elementos; los que logra
Ver penetrados del activo fuego
Que es más abrasador y más sofoca,
Y del frio extremado. A todo entonces
Añade sus no menos tenebrosas
Y terribles palabras. Pero escucho
El rumor de sus pasos. Ya las fórmulas
Sagradas en sus labios se pronuncian,
Y el mundo se estremece á su voz sola.

ESCENA II

MEDEA

Oh fúnebres deidades, ciego cáos,
Alcázar del monarca del Averno,
Negras sombras, cavernas de la muerte
Defendidas del curso soñoliento
De los tartáreos ríos, yo os invoco
Y vuestro auxilio en mi venganza quiero.
Almas culpables, suspended ahora
Vuestros suplicios hórridos, y luego
Presurosas venid: vuestro concurso
Dé esplendor y grandeza á este himeneo.
La piedra singular que despedaza
Del rendido Ixion los tristes miembros,
Deténgase y tocar le haga la tierra,
Y Tántalo beber pueda sereno
Las aguas del Pirene. Necesito
Del que mi esposo ha sido, para el suegro,
El más desconocido, el más insólito
De todos los suplicios y tormentos;
Que la roca de Sísifo movable,
Sus brazos deje descansar, y presto,
Oh Danáidas. vosotras que así en vano
Gastais con tal constancia inútil tiempo
Sin tregua, con ardor y con fatiga,
En desear vuestros toneles llenos;
Venid todos, venid: digna es la empresa
Que hoy yo debo cumplir, de vuestro es-
(fuezo.
Y tú á quien llaman mis conjuros todos,
Tú el astro de las noches, al momento
Á la tierra desciende con la forma
Más siniestra y temible, y los horrendos
Terrores tan vivísimos que infunde
Tu triple rostro de tan vario aspecto.
Por ti, según costumbre de mi patria,
En mis hombros soltando los cabellos,
Vagué en el bosque solitario errante
Y con desnudos piés; hice del cielo
Sin nubes, descender copiosa lluvia;
Bajar hice los mares; hice luego
Retroceder al fondo de su abismo

A las olas que agitan el inmenso
Océano. Turbé de la natura
Las leyes, mi poder así ejerciendo,
Y á la vez ofrecí la luz del día
Y los nocturnos astros de los cielos,
Y á la Osa obligué que á hundirse fuera
En las olas que nunca la admitieron.
Troqué las estaciones; del estío
Hice brotar bajo el ardiente fuego,
A las lozanas flores, y las mieses
Maduraron al frío del invierno.
Hice de Phasis el potente curso
Á su origen volver; tuve sujeto
El del Danubio; encadené sus ondas
En sus cauces distintos. A mi anhelo
Engruesóse la mar sin el auxilio
De los terribles y encontrados vientos;
Las selvas á mi voz sus densas sombras
En luz trocaron; de alumbrar el cielo
El mismo sol en su carrera ardiente,
Cesó al mandato de mi altivo acento.
Temblar hice á las Híadas. Oh Hecate,
Á tu solemne sacrificio es tiempo
Que al fin asistas. Con sangrienta mano
La corona formé, sólo en mi afecto
Hacia ti. que circunda nueve veces
La serpiente que fué parte del cuerpo
De Tifoe, que indómito y osado,
Del alto Jove conmovió el asiento.
Del pérfido reptil tiene la sangre
Que á Deyanira al sucumbir dió Neso;
De la hoguera de Etha las cenizas,
E impregnada se encuentra del veneno
Que consumió de un Hércules las carnes.
De Althea aquí la llama estás ya viendo,
De aquella tierna hermana y madre fiera
En su venganza horrificá, y á un tiempo,
Las plumas que ostentaron las Arpías
Y en un antro dejáronlas, huyendo
Del alijero Zetes, y las otras
Que tan famosas á su vez se hicieron,
Á las aves de Sínfalo arrancadas,
Por los agudos dardos tan certeros,
Los que templados fueron en la sangre
De la Hidra de Lerna, el mónstruo horrendo
Mas el ara estremécese: conozco

Que deidad favorable, en tal momento
Mis trípodes agita: ya de Hecate
El carro rapidísimo contemplo,
No el que conduce en las umbrosas noches
Cuando refulge en el oscuro cielo
Con vivas luces su argentino disco,
Sino aquel en que sube cuando siendo
Vencida por los pérfidos encantos
De las mujeres que habitan en el suelo
De Thesalia, la lúgubre apariencia
Toma, y reduce á su ademan siniestro,
La curva que describe en el espacio
Sin límites del ancho firmamento.
Esa pálida luz triste y sin brillo
Que en los sutiles aires va vertiendo,
¡Cuán me place! ¡Oh deidad, á las naciones
Infundes tú desconocido miedo!
Llama, pues, porque vengan en tu auxilio,
Á los corintios címbalos. Te ofrezco
Un solemne holocausto sobre un césped
Que empapado está en sangre. Por tí en-
(enciendo
Con antorchas sacadas de las tumbas,
Esos errantes y nocturnos fuegos;
Por tí pronuncio las sagradas frases,
Mi vista á un lado y otro dirigiendo;
Por tí á merced del aire y esparcidos,
A mi espalda, abandono mis cabello
Por una cinta apenas sujetados,
Cual si asistieran á fúnebre cortejo;
Con tí este ramo de ciprés sacudo,
En las aguas que corren entre el cieno
De la Estigia mojado, y tan desnuda
La parte superior ves de mi cuerpo,
Cual lúbrica bacante; y ya mi brazo
Con el puñal sagrado en el momento
Voy á herir y á verter mi sangre misma
Sobre el altar que en mi presencia tengo
Acostúmbrate, pues, oh diestra firme,
A manejar el sanguinoso acero
Y á hacer correr la sangre que me es cara.
Ya me he herido, y saltar súbito veo
El sagrado licor. Si así te invoco
Tantas veces, perdóname mis ruegos
Importunos. Ahora cual fué siempre,
Es Jason quien me obliga á que de nuevo
Implore tu asistencia. Haz se introduzca

En este traje de tan rico aspecto
Que destino á Creusa, el más activo,
Poderoso, eficaz de los venenos;
Y al vestirlo devórele la llama
Sutil, hasta abrasar sus mismos huesos.
Pondré en este collar fuego invisible,
El que dado me fué por Prometeo,
Tan crudamente castigado un día
Por aquel hurto audaz que hizo en el cielo,
Y que el arte enseñóme de servirme
Del mismo, con feliz y pronto éxito.
Otro fuego Vulcano también dióme,
En leve capa sulfurosa envuelto.
Otros activos que produce el rayo,
Cual el sacado de Facton, poseo,
De aquel hijo, cual yo, del Sol ardiente.
También las llamas de Chimera tengo,
Y aquellas otras que los bravos toros
De Yólcos inflamaban en sus pechos.
Con la hiel de Medusa están mezcladas
Porque conserven su virtud. Mi ruego
Atiende por favor, divina Hecate;
Acrecienta el vigor de estos venenos,
Su horrorosa virtud, y con la tuya
Alienta la semilla de este fuego
Que encubren mis presentes. Haz que al

(punto

A su contacto y vista, los recelos
No puedan suscitarse, y que penetre
De improviso en las venas, en el seno
De mi odiada rival; que sin tardanza
Su ser se descomponga, y que sus huesos
Se disipen cual humo, y que abrasados
De tan gentil esposa los cabellos,
Más fúlgido esplendor de sí despidan
Que la antorcha encendida en su himeneo,
Mis votos son cumplidos. La alta Hecate
Triple aullido hace oír ronco y tremendo,
Y la luz de su antorcha funeraria
Ha dado la señal en el momento.
El encanto cumpliósese, A mi presencia
Haré vengan mis hijos que muy luego
Llevarán estos dones tan preciosos
Á mi feliz rival. Adiós, os dejo,
Hijos ¡ay! de una madre infortunada.
Por las dádivas estas que os entrego,
Ganad el corazón de una querida

Y el de una madrastra. Partid presto
Para que pueda aun entre mis brazos
Gozar vuestras caricias que ya pierdo,

ESCENA III

EL CORO

¿ A dónde descompuesta, extraviada
En su cruel amor, parte corriendo
Esa loca bacante? En el delirio
Que la devora así, ¿qué crimen nuevo
Medita aún? Su rostro está inflamado
Por la violenta cólera, y con gestos
Feroces y temibles, con soberbia
Su frente eleva; su ademán siniestro
De amenaza es al rey. ¿Quién se pensara
Que sentenciada encuéntrase al destierro?
Al ardiente calor de sus mejillas,
La palidez sucédese; el reflejo
De todos los colores va mostrándose
En su mudable faz. Lánzase luego
Por donde quier al modo que la hembra
Del tigre, á quien quitaron sus hijuelos,
En la veloz carrera va husmeando
De las selvas del Ganges los senderos.
Así no sabe dominar Medea
Ni su amor ni sus odios tan funestos.
¿Qué podrá acontecer? ¿Cuándo esta furia
Nacida en Yólcos, dejará en sosiego
Esta hermosa comarca? Cuándo, al cabo,
De su presencia libraré á este reino
Y á nuestros reyes, del terror que inspira,
Por su espíritu audaz, torpe y maléfico?
Oh Sol, las riendas de tu ardiente carro
No aflojes; antes bien, deja que el velo
De la noche, suceda de tus luces
Al siempre grato resplandor benéfico,
Y que el astro aparezca que á este día
De inquietud y de azares, ponga término.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

UN MENSAJERO, EL CORO, LA NODRIZA, MEDEA, JASON

EL MENSAJERO

Ya todo ha perecido: ya no existe
Esa egregia familia: sólo quedan
De la hija y del padre, ya mezcladas
Las calientes cenizas.

EL CORO

¿Cuál pudiera
Ser la causa de un fin tan tremibundo?

EL MENSAJERO

El que pierde á los reyes de la tierra,
Los presentes y dádivas.

EL CORO

¿Qué lazo
Podian ocultar?

EL MENSAJERO

No sé; no acierta
A explicarlo mi asombro. La catástrofe
Ha ocurrido, y vacilo aun en creerla.

EL CORO

¿Mas como sucedió?

EL MENSAJERO

Fuego inclemente
De súbito estalló, cual si estuviera
Sumiso á una señal, y repentino
Por el alcázar todo con tal fuerza,
Que un montón de cenizas es tan sólo,
Y ya peligra la ciudad entera,

EL CORO

Es preciso extinguir tan brusco incendio.

EL MENSAJERO

Lo que nadie es posible que comprenda
En tan fatal siniestro, es que á la llama
Irrita más el agua y más la aumenta,
Y cuanto más ahogarla se procura
Más extiende su estrago y se renueva,
Y en los mismos obstáculos que mira
Oponérsele al paso, más se alienta,

LA NODRIZA

Idos pronto; dejad de los Pelópidas
Esta odiada mansión. Partid, princesa,
Y buscad un refugio más seguro
Donde podáis, distante de estas tierras.

MEDEA

¿Huir dices? Si hubiera antes marchado,
A ver este espectáculo volviera.
De ese nuevo himeneo me complace
Presenciar, como ves, las dignas fiestas.
¿Por qué ya detenerte? Sigue, sigue
Tras de comienzo tan feliz, Medea.
Leve parte no más de la venganza,
Es el gozo que así ya experimentas.
¡De una esposa á Jason haber privado,
Crees, insensata, que bastante sea!
Un castigo no visto que á tí misma
Tu poder te atestigüe, al punto inventa.
Los más sagrados lazos rompe luego;
Remordimientos vanos vayan fuera.
La venganza es aun débil, si en las manos
Un átomo han dejado de pureza.
Reanima tus rencores; de tu cólera
Los encontrados ímpetus despierta;
Busca en el fondo de tu ardiente alma
Cuanto excite el furor y la violencia.
Justas y dignas tus acciones todas
De tu vida anterior hoy aparezcan;
Cuan ligeros, y parcos y vulgares
Son mis delitos cometidos, vean,
El preludio se vió de mis venganzas;

Fáltales algo para estar completas.
¿Qué maldades enormes por mi mano
Podría cometer como inesperta?
¿A cuáles conducir pudo el delirio
De una tímida vírgen? Eso era
En tiempos ya pasados, pero ahora
Ya soy otra distinta: soy Medea,
Y en las alas del crimen ya crecido,
Mi genio libre y sin temores vuela.
Mi gozo sí, mi gozo es que á mi hermano
Del cuerpo separasen la cabeza,
Y que por mí sus miembros de tal modo
Con saña horrible separados fueran.
Me complazco en haber desposeído
De un tesoro á mi padre, y que quisieran
Para el suyo decrepito, las hijas
De Pelias, la muerte, á mi influencia.
Busca el objeto en que cebarte quieres,
¡Oh venganza! no hay crimen que mi diestra
No pueda ejecutar. ¿Dónde tus golpes
Que son tan fuertes, dirigir intentas?
¿Con qué dardos pretendes que sucumba
Tu pérfido enemigo? Una secreta
Resolucion, un bárbaro deseo
Que aun dudo si á decírmelo me atreva,
Formé en mi corazón ¡ Ay imprudente,
No tanto te apresures! ¡Oh, pluguiera
A los cielos que esposo tan perjuro,
De mi rival tuviese descendencia!
Mas supón que los tuyos han nacido
De esa misma Creusa. ¡Si así fuera!
¡Oh catástrofe horrible! Esta venganza
Todo mi ser, mi pensamiento llena,
Es magnífica, sí, porque este crimen
A mis crímenes todos los supera
¡Disponte á esa maldad! Hijos que fuisteis
Los míos, sufrireis vuestra sentencia:
Los delitos que son de vuestro padre,
A expiar vais á manos de Medea.
¡Pero cuán me estremezco! ¡Cuán helada
La sangre ya discurre por mis venas!
¡Cuán mi perverso corazón se turba!
¡Ay, mis iras de súbito se amenguan,
Y la venganza de la esposa, el puesto
A los afectos de la madre deja!
¿Y qué, la sangre de mis propios hijos,
De los seres que traje yo á la tierra,

Pudiera yo verter? ¡Delirio infausto!
¡Oh vértigo fatal! ¡Locura horrenda!
¡Cuán lejos fui! Tan criminal intento
Imposible es que nadie concibiera;
Imposible es que yo tan inaudito
Y abominable asesinato crea.
¿Mis infelices hijos, qué me han hecho?
¿Y cuál su crimen es? ¡Es que tuvieran
Por padre á ese Jason, y sobre todo,
Por su insensata madre á esta Medea!
Sucumban por ser suyos esos hijos,
Y por ser yo su madre al fin no mueran.
Inocentes, pues, son; no son culpables
De un delito, la falta más pequeña,
Lo confieso...Tambien mi triste hermano
De todo crimen inocente era.
¿Mas por qué vacilar? ¿Por qué estas lágrima-
(mas
De que tus rojos párpados se llenan?
¿Por qué entre el odio y el amor la lucha
Que el corazon te rasga en su inclemencia,
Y en un flujo y reflujo de contrarios
Sentimientos divídelo y altera?
Cuando airados los vientos se declaran
En los altos espacios cruda guerra,
Las olas entre sí chocan con ira
Y hierve el mar á impulsos de su fuerza.
Mi irresoluto corazón fluctúa
Con indeciso afan, de igual manera:
El amor á la cólera rechaza;
La cólera ai amor. Ya se doblega
A la ternura maternal; ya cede
A mi venganza inexorable y fiera.
Venid, hijos queridos: de una infausta
Familia, en vuestra mísera existencia,
Los únicos apoyos; vuestros brazos
Abrid y rodeadme, y con ternura
Estrechaos en mi seno. Vuestra vida
A vuestro padre conservada sea,
Con tal de que también á vuestra madre,
También le deis que conservarla pueda.
Pero la fuga y el fatal destierro
Sólo á esta esposa abandonada resta.
De mis brazos, llorosos y gimientes,
A arrancarlos vendrán con diligencia.
Suspendidos del cuello de su madre
Sus caricias le dan. Que pronto venga

La muerte sin piedad á arrebatarnos
También del mismo modo con fiereza
Del paternal abrazo. Se reaniman
Mis iras, mi furor, mi saña inmensa,
Y el odio más cruel y más insano,
De mi ser nuevamente se apodera.
Para un crimen feroz, siempre mi guía,
Me demanda el concurso de mi diestra
La inexorable Erinis. La venganza
Me llama, y ya es preciso la obedezca
¡Que fecundo mi seno hubiera sido
Cual la hija de Tántalo, plugiera,
Y de catorce vastagos la madre,
Pudiese presentarme como ella!
Para mi audaz venganza soy estéril.
Sólo he dado dos hijos á la tierra.
¡No me bastan un padre y un hermano!....
¿Mas qué espantoso grupo así se muestra,
De delirantes furias? ¿A qué vienen?
¡Dónde dirigen sus ardientes flechas?
¿Por qué las hijas del profundo infierno
Mueven así sus sanguinarias teas?
Serpiente enorme con silbido horrible
Sus anillos terrífica despliega.
¡Qué víctimas va á herir entre sus manos
Ese madero, al esgrimir, Meguera?
¿Esa sombra fatídica que arrastra
Sus dislocados miembros, á qué llega?
¿Quiénes? ¡Mi hermano! La venganza pide,
Y vengado será. Desgarra, quema;
Esas antorchas en mis ojos hunde.
Por esas furias destrozada sea;
Yo les abro mi pecho. Pero diles
Que vuelvan sin temor á las esferas
Del abismo infernal; dí á esas insanas
Deidades vengativas, que ligeras
Huyan lejos, y déjenme á mí misma
Conmigo á solas: á tu vez la diestra
Descansa en esta mano que la espada
Desnuda esgrime ya. Tus ojos vean
La víctima que debe ya el reposo
Devolver á tus mánes. ¿Mas resuena
Un súbito rumor? ¿Es que se arman
En mi contra? ¿Es que quieren mi existencia?
En ruinas se ofrece este palacio.
Mi venganza cumpliósese sólo á medias.
Ven; nodriza, conmigo he de llevarte.

Ahora, pues, tea valor; ¡valor Medea!
Entre las negras sombras del olvido
Tu poder por tu culpa no se pierda.
De todo lo que tú capaz te sientes,
A todo un pueblo con audacia muestra.

JASON

Subditos fieles que en acerbo duelo
De vuestros reyes lamentáis la pérdida,
Corred, y al punto en vuestras manos caiga
El autor de ese crimen que os aterra.
¡Aquí, bravos guerreros! Sin demora,
De ese palacio removed las piedras.

MEDEA

Oh padre, ya por fin, hermano mío,
Mi cetro he vuelto á hallar; ya recupera
Aquel dorado vellocino Yólcos.
En mis sienes coloco la diadema
Que joya fué de mi gloriosa estirpe,
Reconquistada al par que mi pureza.
Altos dioses, volvedme á ser propicios.
Hoy es día de gloria; hoy se celebra
El plácido himeneo.....Ve tu crimen
Coronado, mas no ve satisfecha
Tu venganza, Concluye: sea espantosa,
Para su logro nada te detenga.
¿Por qué tanto dudar, tanto, alma mía?
Puedes ir al objeto que deseas.
Mi cólera decrece: me arrepiento.
Cuanto acabo de hacer ya me avergüenza.
¿Qué es lo que dices, desgraciada? Inútil
Ya en este instante arrepentirte fuera.
Consumado está el hecho. A pesar mio
De gozo, sí, mi corazón se llena;
Es más viva este júbilo; y no falta
Para al fin mi venganza ser completa,
Que testigo Jason de sus extragos
Y del placer que me ocasionan, sea.
Paréceme sin esto, que yo nada
Hice aún; que son vanas las horrendas
Maldades por mi mano así cumplidas,
Porque él no pudo ante sus ojos verlas.

JASON

En el borde ahí está de la techumbre,
¡Avivad esas llamas contra ella,
Y por los mismos medios que ha empleado
En sus enormes crímenes, perezca!

MEDEA

Conságrate, Jason, á que tus hijos
Hoy sus dolientes funerales tengan;
Haz que un sepulcro los encierre luego
En donde el sueño de la muerte duerman.
Tu nuevo padre con tu esposa amada
Recibieron de mí, cual justo era,
Los últimos honores que á los muertos
Son debidos. Ya falta la existencia
A este hijo que ves, y ante tus ojos
La misma suerte sufrirá el que queda.

JASON

En nombre de los dioses, ¡ay! en nombre
De aquel destino que comun nos sea,
De una unión cuyos lazos yo no he roto.
Perdona á ese inocente. Si pudiera
Haber algún culpable, lo sería
Tan solo yo, y en mí tus iras ceba.
Hiere mi frente criminal.

MEDEA

El hierro
He de hundir donde más la herida sientas;
Allí donde no quieres que mis golpes
Alcancen. Vete ahora, en tu soberbia;
Hombre ingrato, á buscar de puras vírgenes
Cuyos nuevos amores apetezcas,
El tálamo, después que abandonaste
Aquel de las mujeres que debieran
El ser madres, á tí.

JASON

¡Qué! ¿No te basta
Una víctima sola?

MEDEA

Si me hubiera
Satisfecho una víctima tan sólo,
Ninguna así inmólase en mi fiereza.
Son muy poco las dos para que al cabo
Saciarse mi encono y mi furor se puedan.
Si otro fruto en mi seno aun existiese
De nuestro infausto enlace, alguna prenda
De tan triste himeneo, en mis entrañas
Este acero que ves, también hundiera.

JASON

De tus crímenes colma la medida:
Acaba de una vez; no más se muevan
Mis labios con la súplica. Tan sólo
No alargues mi suplicio.

MEDEA

¡Ya en tu inmensa
Inaudita crueldad, venganza mía,
En tu crimen te goza y te recrea!
No te apresures, y tu horrendo crimen
Con toda calma á tu placer contempla.
Este día á tí, pues, te pertenece,
Y este tiempo que es tuyo, así aprovecha.

JASON

¡Arráncame la vida, oh vil verdugo!

MEDEA

¿Ya conmover mi corazón deseas?
¿Ya imploras mi piedad? Sean buen hora.
Mi victoria por fin es ya completa.
Oh venganza, en tus aras sanguinarias
Nada que darte en sacrificio queda.
¡Inundados de lágrimas tus párpados
Alza, ingrato Jason! ¿A tu Medea
Reconoces aún? Mira ya el modo
Como acostumbro huir: á la alta esfera
De los cielos me lanzo: mi carroza
Dos alados dragones raudos llevan.
Toma: á tus hijos recoger ya puedes.
Yo me disipo en la región etérea.

JASON

Esas altas regiones del espacio
Recorre, y en tu rápida carrera,
A tu paso atestigua que no hay dioses,
Al que llegue á mirarte en su presencia.

FIN DE LA TRAGEDIA

Texto digitalizado por José García Postigo. Melilla (España)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el
siguiente [enlace](#).



editorial del cardo